

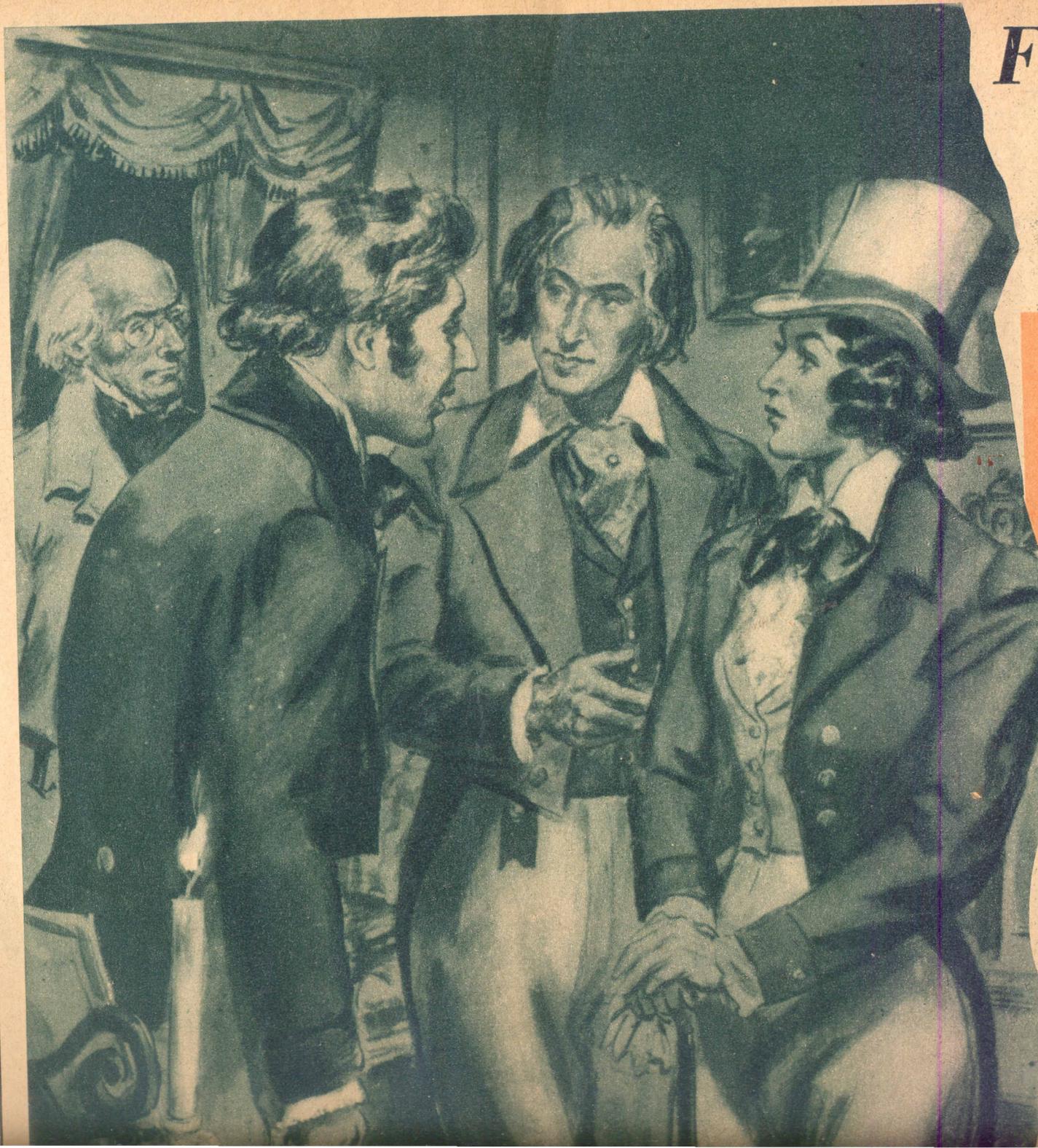
# Federico

Escribe  
ANIBAL DE LA VHARGA

**GEORGE SAND:** es el seudónimo literario de Aurora Dupin, baronesa de Dudevant, famosa escritora francesa que alcanzó gran éxito en su época gracias a novelas de corte popular tales como "Indiana", "Consuelo", "La Charca del Diablo", "Francisco el Exposito", etc. Nació en París en 1804 y murió en 1876.

Las alegres calles de París, siempre bulliciosas, coloridas, ven pasar la fina silueta del músico polaco que ha venido a conquistar la Ciudad Luz. Hasta el momento, la suerte no le ha sido propicia; el joven extranjero, afecto a la solitud amistosa o familiar, apegado a costumbres y cariños, se siente desamparado entre tanta gente que va de un lado a otro, pero que sabe adónde va. Él, en cambio, se limita a vagar antes de encerrarse en su habitación, donde los recuerdos imponen su melancólica presencia.

Ese duendecillo travieso que se encarga de enredar las cosas —o desenredarlas a veces— puso a nuestro amigo Chopin en el camino del príncipe Valentín Radziwill, polaco como él, quien, al reconocer al pianista, le propone que lo acompañe. Está invitado a una velada en casa de uno de los más opulentos per-



Diablo", "Francisco el Ex-  
pósito", etc. Nació en Pa-  
ris en 1804 y murió en  
1876.

Las alegres calles de Pa-  
ris, siempre bulliciosas,  
coloridas, ven pasar la fina  
silueta del músico polaco  
que ha venido a conquistar  
la Ciudad Luz. Hasta el  
momento, la suerte no le  
ha sido propicia; el joven  
extranjero, afecto a la soli-  
citud amistosa o familiar,  
apegado a costumbres y  
cariños, se siente desampá-  
rado entre tanta gente que  
va de un lado a otro, pero  
que sabe adónde va. El,  
en cambio, se limita a va-  
gar antes de encerrarse en  
su habitación, donde los  
recuerdos imponen su me-  
lancólica presencia.

Ese duendecillo travieso  
que se encarga de enredar  
las cosas —o desenredarlas  
a veces— puso a nuestro  
amigo Chopin en el camino  
del príncipe Valentín Rad-  
ziwill, polaco como él,  
quien, al reconocer al pia-  
nista, le propone que lo  
acompañe. Está invitado a  
una velada en casa de uno  
de los más opulentos per-  
sonajes de París, James  
Rothschild, y allí van los  
dos..

**GUANTES BLANCOS Y  
UN CABRIOLE.** — Los lu-  
josos salones están colma-  
dos por la aristocracia que  
surgió con la reciente mo-  
narquía de Luis Felipe de  
Orleáns. Los hay cuyos  
blasones ostentan la pá-  
tina del tiempo y otros más  
recientes que apoyan los  
pergamínos en la bolsa.

Invitado por el dueño de  
casa, Federico se sienta al  
piano; la concurrencia mi-  
ra desaprensiva al pianista  
desconocido, pálido y del-  
gado, pero a los pocos ins-  
tantes, el silencio es abso-  
luto y no hay una persona  
que no dirija sus ojos hacia  
el piano, hacia las manos  
largas que estremecen las  
teclas haciendo vibrar el



# Chopin y George Sand

AMORES CELEBRES

sonido. Cuando se sienta a interpretar, Chopin olvida a la gente, vive unos instantes de éxtasis en los cuales parece fundir su persona en los acordes, en los arabescos pasionales que surgen de las sonoras repercusiones del instrumento.

El duendecillo, desde una ventana, está contento, ha puesto a Federico en el camino del éxito. Un poco por el salón donde se ha presentado y un mucho por la extraña sugestión de su música, Federico Chopin es aclamado y recibido por el "tout Paris" del momento.

La noche termina. Despidiéndose del que, sin saberlo, le ha convertido en un idolo, Chopin sale a la calle enfundando sus finas manos en un par de guantes blancos, adminículo imprescindible en el guardarropa de un elegante. Va a hacer su camino a pie, cuando recuerda las invitaciones y las promesas de la noche. No duda de que su fortuna ha cambiado, y decide invertir parte de los pocos francos que le quedan en tomar un cabriolé para hacerse conducir a su domicilio, el modesto faubourg Poissoniere, de donde habría de mudarse, poco después, al número 4 de la Cité Bérgère.

## UN EXTRAÑO SEÑOR.

Las puertas del éxito se abrieron de par en par para Federico Chopin desde la noche en que fuera recibido por James Rothschild. Su música ha cautivado a los entendidos, pero la más sólida razón de su popularidad reside en la atracción que ejerce sobre las mujeres. El pianista es

saban alrededor del piano, de donde surgían las deliciosas melodías que el genio y el arte de Federico Chopin parecían enhebrar con sus marfileñas manos.

Entre los asiduos concurrentes a estas reuniones, y amigo de Federico, estaba el extraordinario músico Frank Liszt, el que en cierta oportunidad, y usando del privilegio que le concedía su carácter de amigo personal, trajo a dos o tres caballeros para que asistieran a una de las veladas. Llegaron un poco tarde, y ya las notas bailoteaban en las habitaciones, por lo que, respetuosos, se mantuvieron a distancia y en silencio.

Más tarde, cuando el cansancio del músico le hacía reclinarsse en el diván, Liszt se acercó a presentarle a sus invitados, uno de ellos era Jorge Sand.

—¿Qué extraño señor — murmuró Chopin viendo al escritor, pero Liszt le sacó de su error con una sonrisa.

—En todo caso, una extraña señora, es la baronesa Aurora Dupin de Dudenant, conocida en el mundo de las letras por Jorge Sand.

—No me gustan las literaturas, y menos las que son tan poco femeninas —dijo, lapidariamente, Federico.

## TODAVIA LA LLUVIA.

Federico Chopin era un hombre enfermizo, débil, con gustos y necesidades de exquisito refinamiento. Aurora Dupin, conocida como Jorge Sand, su antítesis. Saludable, robusta, mujer de carácter y gran entereza, audaz, revolucio-

bles torturas por no haber recibido el piano que debía ser enviado por Pleyel. Cartas y más cartas llegaban a París urgiendo el envío. No podía estar sin su piano.

La baronesa, que era quien dirigía la pequeña troupe, tuvo oportunidad de sufrir personalmente las afrentas de los pobladores de la isla, cerrados, ignorantes y toscos, que sentían aversión por el extraño grupo de extranjeros. Finalmente, consiguió cierta tranquilidad al mudarse al viejo monasterio de Valldemosa.

Poco habían de tardar en darse cuenta del tremendo error cometido. Palma de Mallorca poseía, en efecto, una vegetación semitropical, palmeras, cedros, naranjos, granados, centenarios olivos, un sol ardiente y el cielo transparente de tan diáfano. Pero si bien la joven y vigorosa naturaleza de Mauricio habría de reponerse allí, Federico, extenuado y realmente enfermo, apenas podía mantenerse en pie, alejado de las comodidades que le resultaban imprescindibles

y del cuidado de sus médicos. Por extraño capricho de la naturaleza, comenzaron las lluvias, que duraron casi todo el invierno. Una lluvia cruel, fría, que anegó los caminos y abatió el espíritu del pianista.

## EL FRIO DE LA CARTUJA.

— Es allí, en la cartuja de Valldemosa, donde el músico habría de escribir la mayor parte de sus famosos Preludios. Aún en medio de la tormenta, Aurora, audaz y robusta, salía de paseo con sus hijos. El pianista polaco se sentía imposibilitado de seguirlos, y quedaba solo, en su fría celda, frente al piano, que, por fin, había llegado a Palma de Mallorca.

Era de noche. Mauricio y Solange dormían. La luna, redonda, casi amarilla, volcaba su luz sobre la isla. Federico apoyaba su cabeza en el regazo de Aurora y hablaba, febrilmente, de la pasión que sentía por ella, del frío, de la lluvia. La mujer tomó sus manos, húmedas, frías:

—Es conveniente que volvamos a París. Allí tendrás la atención que nece-

sitas.

—Yo quiero quedarme aquí sé que es la muerte, pero lo necesito. Además, la única atención que me beneficia es la tuya. Sin tu compañía no podría escribir una nota. Cuando tú sales con los niños y yo me quedo frente al piano, envuelto en el frío penetrante de estas paredes húmedas, cuando pienso que tú eres de barro y el agua de la lluvia puede deshacerte, entonces mis dedos se paralizan y no puedo escribir una línea ni tocar una tecla. Los fantasmas me rozan con sus túnicas transparentes y mojadas y creo morir de desesperación; únicamente tu presencia, me reanima, me devuelve la vida.

—Descansa, querido. Si es mi presencia la que te da la vida, ella no te faltará nunca. De cualquier manera, preferiría volver. La lluvia parece que durará todo el invierno, y no es lo más adecuado para ti ni para Mauricio.

—Ya sé — exclama de pronto Federico, — es por Mauricio que quieres volver; él te lo habrá pedido.

Quieres más a tu hijo que a mi.

—Tus celos son insensatos. Quiero a mi hijo como madre, y a ti...

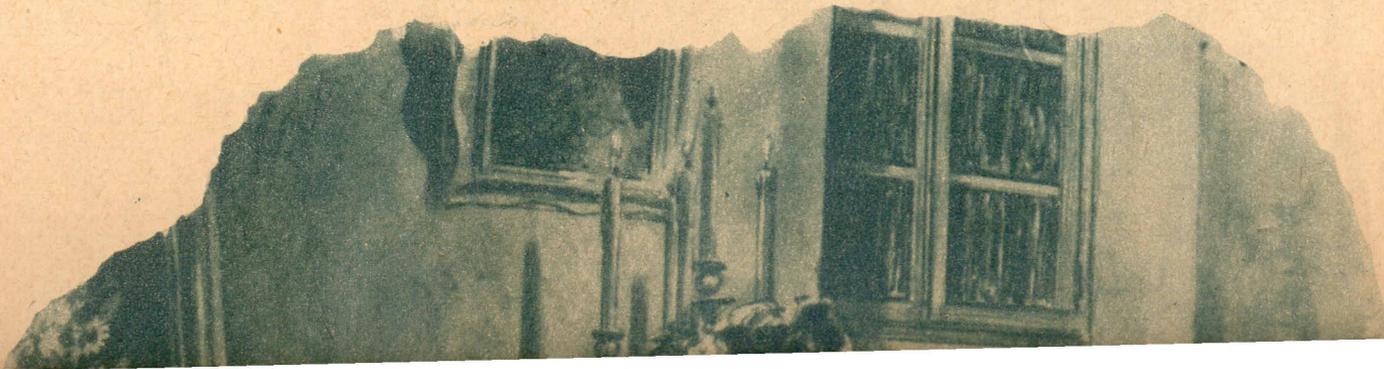
—Comprendo que te canses de mi — interrumpió el pianista, — debes sentirme como una planta parásita adherida a ti. Vámonos, vámonos cuando quieras. En París podrás librarte de mí.

Muchas y cariñosas palabras, muchas y pequeñas lágrimas, Aurora y Federico se rozan continuamente, pero sin llegar a herirse. La escritora trata de salvar lo que puede de ese amor desigual.

## PRELUDIOS Y VIOLETAS:

— Durante largas horas Federico Chopin permanece sentado frente al piano, donde vuelca su alma dolorida, su pena por la patria lejana y las amistades que no se vuelven a ver, por la copa de plata con tierra polaca que guarda celosamente. Sus sueños, sus anhelos, sus desengaños y aun el fracaso del

(Continúa en la Página 52)



musica, Federico Chopin es aclamado y recibido por el "tout Paris" del momento. La noche termina. Despidiéndose del que, sin saberlo, le ha convertido en un idolo, Chopin sale a la calle enfundando sus finas manos en un par de guantes blancos, adminículo imprescindible en el guardarropa de un elegante. Va a hacer su camino a pie, cuando recuerda las invitaciones y las promesas de la noche. No duda de que su fortuna ha cambiado, y decide invertir parte de los pocos francos que le quedan en tomar un cabriolé para hacerse conducir a su domicilio, el modesto faubourg Poissoniere, de donde habría de mudarse, poco después, al número 4 de la Cité Bérgère.

#### UN EXTRAÑO SEÑOR.

— Las puertas del éxito se abrieron de par en par para Federico Chopin desde la noche en que fuera recibido por James Rothschild. Su música ha cautivado a los entendidos, pero la más sólida razón de su popularidad reside en la atracción que ejerce sobre las mujeres. El pianista es pálido, delgado, con una abundante cabellera, camina lentamente, y su voz es opaca, sensual, así como su mirada profunda. No olvidemos que estamos en pleno auge del romanticismo, y una figura como la de Chopin, que aunaba a su encanto físico el de su exquisito temperamento y el extraordinario sortilegio de su música, debía forzosamente esclavizar las voluntades femeninas.

Contando con el dinero que le producían sus cada vez más numerosas lecciones, Federico, que por naturaleza necesitaba la comodidad y los refinamientos del lujo, se mudó nuevamente a un departamento más cómodo y confortable en la rue Chaussé d'Antin, donde recibía a un reducido núcleo de amistades. Las noches pa-

Llegaron un poco tarde, y ya las notas bailoteaban en las habitaciones, por lo que, respetuosos, se mantuvieron a distancia y en silencio.

Más tarde, cuando el cansancio del músico le hacía reclinarse en el diván, Liszt se acercó a presentarle a sus invitados, uno de ellos era Jorge Sand.

— ¡Qué extraño señor — murmuró Chopin viendo al escritor, pero Liszt le sacó de su error con una sonrisa.

— En todo caso, una extraña señora, es la baronesa Aurora Dupin de Dudevant, conocida en el mundo de las letras por Jorge Sand.

— No me gustan las literaturas, y menos las que son tan poco femeninas — dijo, lapidariamente, Federico.

#### TODAVIA LA LLUVIA.

— Federico Chopin era un hombre enfermizo, débil, con gustos y necesidades de exquisito refinamiento. Aurora Dupin, conocida como Jorge Sand, su antítesis. Saludable, robusta, mujer de carácter y gran entereza, audaz, revolucionaria. No podía concebirse pareja menos afin. Pero ese extraño sentimiento que es el amor pudo más que la disparidad de los caracteres. Comenzaron a amarse en París, donde, atendido Federico por sus médicos y criados, y viéndolo separadamente, las entrevistas no podían más que serles agradables momentos de placer. Aurora tenía dos hijos, uno de ellos, Mauricio, estaba enfermo y los médicos le recomendaron que pasara el invierno en tierras cálidas, meridionales. La escritora se decidió a ir a Mallorca.

En la isla habitaron primero en una vieja casona llamada Casa del Viento, incómoda, desagradable. El estado de Chopin, en lugar de mejorar, empeoraba en tales condiciones.

Además, sufría indeci-

ron cierta tranquilidad al mudarse al viejo monasterio de Valldemosa.

Poco habían de tardar en darse cuenta del tremendo error cometido. Palma de Mallorca poseía, en efecto, una vegetación semitropical, palmeras, cedros, naranjos, granados, centenarios olivos, un sol ardiente y el cielo transparente de tan diáfano. Pero si bien la joven y vigorosa naturaleza de Mauricio habría de reponerse allí, Federico, extenuado y realmente enfermo, apenas podía mantenerse en pie, alejado de las comodidades que le resultaban imprescindibles

Aurora, audaz y robusta, salía de paseo con sus hijos. El pianista polaco se sentía imposibilitado de seguirlos, y quedaba solo, en su fría celda, frente al piano, que, por fin, había llegado a Palma de Mallorca.

Era de noche. Mauricio y Solange dormían. La luna, redonda, casi amarilla, volcaba su luz sobre la isla. Federico apoyaba su cabeza en el regazo de Aurora y hablaba, febrilmente, de la pasión que sentía por ella, del frío, de la lluvia. La mujer tomó sus manos, húmedas, frías:

— Es conveniente que volvamos a París. Allí tendrás la atención que nece-

litan y no puedo escribir una línea ni tocar una tecla. Los fantasmas me rozan con sus túnicas transparentes y mojadas y creo morir de desesperación; únicamente tu presencia me reanima, me devuelve la vida.

— Descansa, querido. Si es mi presencia la que te da la vida, ella no te faltará nunca. De cualquier manera, preferiría volver. La lluvia parece que durará todo el invierno, y no es lo más adecuado para ti ni para Mauricio.

— Ya sé — exclama de pronto Federico, — es por Mauricio que quieres volver; él te lo habrá pedido.

#### PRELUDIOS Y VIOLETAS: —

Durante largas horas Federico Chopin permanece sentado frente al piano, donde vuelca su alma dolorida, su pena por la patria lejana y las amistades que no se vuelven a ver, por la copa de plata con tierra polaca que guarda celosamente. Sus sueños, sus anhelos, sus desengaños y aun el fracaso del

(Continúa en la Página 52)



amor en el inhóspito invierno mallorquín.

Mientras Aurora y sus dos hijos pasean, Federico desliza las manos, casi transparentes, sobre el teclado. Afuera llueve. Sobre el techo de la cartuja repiquetean las gotas con un-compás lúgubre; los ojos del pianista están fijos en una estrecha ventana, por donde alcanza a entrever la cortina de agua. Su rostro palidece aún más. Cree encontrarse solo en un mundo gris y húmedo, un mundo de agua que se desliza arrastrando las violetas y los flotantes vestidos de las mujeres.

Una dolorosa composición brota del piano, del dolor del extravío. Así muchas más, y siempre fué un sentimiento profundo, vivo, sentido en lo más hondo, lo que dió origen a la música de Chopin, donde palpita la fibra humana, sensible al extremo del pianista enfermo.

La partida se hace imprescindible. Las relaciones entre Federico Chopin y Jorge Sand se resienten; además, el músico está cada vez más enfermo. Lo que debería haber sido viaje de placer y cura no hizo otra cosa que agravar las dolencias físicas y morales de Chopin, que llegó a Francia destrozado.

Aún duraría un tiempo su relación sentimental. Al llegar a París, el músico fué reconocido por su médico, el que afirmó que únicamente un clima propicio y grandes cuidados podrían prolongar, en un par de años, la vida del pianista.

#### **EL ULTIMO VERANO.—**

La baronesa de Dudevant pasaba todos los veranos con sus hijos en el castillo de Nechant. En los últimos años también ha sido huésped permanente Federico Chopin. A su regreso de Mallorca el grupo se trasladó al castillo para reponerse de las fatigas y molestias del viaje. Cada vez más los celos exacerbados del pianista ponían una nota discordante . . .

Se sentía enfermo, un poco molesto por considerar que era tolerado y reaccionaba vivamente en cualquier circunstancia. Por otra parte Mauricio, el hijo de Aurora, ya era un mozo y no podía soportar la presencia de Chopin. Las rencillas entre los dos eran frecuentes y siempre intervenía la baronesa para ponerles fin, tal como haría una madre con dos hijos.

A la sensibilidad morbosa de Chopin no se le escapaba esta situación.

—Me trata igual que a Mauricio, con la diferencia de que a él lo quieres más.

## EL ÚLTIMO VERANO.—

La baronesa de Dudevant pasaba todos los veranos con sus hijos en el castillo de Nechant. En los últimos años también ha sido huésped permanente Federico Chopin. A su regreso de Mallorca el grupo se trasladó al castillo para reponerse de las fatigas y molestias del viaje. Cada vez más los celos exacerbados del pianista ponían una nota discordante...

Se sentía enfermo, un poco molesto por considerar que era tolerado y reaccionaba vivamente en cualquier circunstancia. Por otra parte Mauricio, el hijo de Aurora, ya era un mozo y no podía soportar la presencia de Chopin. Las rencillas entre los dos eran frecuentes y siempre intervenía la baronesa para ponerles fin, tal como haría una madre con dos hijos.

A la sensibilidad morbosa de Chopin no se le escapaba esta situación.

—Me trata igual que a Mauricio, con la diferencia de que a él lo quieres más.

(Continúa en la Página 57)

## CHOPIN... continuación

—Eres cruel e inconsciente. Quiero a mi hijo en forma distinta de la que puedo quererte a ti; pero eres tú quien lo azuza, quien provoca las discusiones, y yo, por mi propia dignidad, no puedo tolerarlo. Comprende, querido, que me debo respeto ante mis hijos.

—Si eso es lo único que te preocupa, no volverás a tener inconvenientes. Me

marcho ahora mismo de aquí.

—No seas criatura—dijo la baronesa, y se retiró, convencida de que el pianista era incapaz de tomar una decisión de esa naturaleza. Pero Federico estaba al borde de una crisis. Cualquier palabra amorosa de la amiga lo hubiera detenido, pero ese tono indiferente con que lo amonestó, como a un niño, no

hizo más que afirmarlo en su decisión. Partió entonces. Nunca volvieron a verse Federico Chopin y Aurora Dupin, baronesa de Dudevant. Pero en su lecho de muerte, rodeado por gente amiga y las violetas que tanto amaba, el pianista volvía la pálida cabeza hacia la puerta, murmurando: "Me prometió que iba a morir en sus brazos."

FIN